

## ARTIUM

Centro-Museo Vasco de Arte Contemporáneo

Vitoria-Gasteiz

### Exposición

#### ***Oscura es la habitación donde dormimos. Francesc Torres***

Sala Norte, desde el 9 de mayo hasta el 20 de septiembre

*"...Si, por ejemplo, en mis paseos por la ciudad, miro en alguna parte uno de esos patios tranquilos en los que, desde hace decenios, nada ha cambiado, siento físicamente cómo la corriente del tiempo se desacelera en el campo de gravitación de las cosas olvidadas. Todos los momentos de mi vida me parecen entonces reunidos en un solo espacio, como si los acontecimientos futuros existieran ya y sólo aguardaran a que nos presentáramos de una vez en ellos, lo mismo que, atendiendo una invitación que hemos aceptado, nos presentamos en un momento determinado en una casa determinada. Y ¿no sería imaginable, continuó Austerlitz, que tuviéramos también citas en el pasado, en lo que ha sido y en gran parte se ha extinguido, y tuviéramos que visitar lugares y personas que, casi más allá del tiempo, tienen una relación con nosotros?..."*

*W.G. Sebald, Austerlitz.*

*"En latín "exterminio" significa poner al otro lado de la frontera, terminus. Desterrar, apartar; de aquí la voz inglesa exterminate, que significa poner del otro lado de la frontera de la muerte, apartar de la vida."*

*Sven Lindqvist, Exterminad a todos los salvajes.*

*"The task to be accomplished is not the conservation of the past, but the redemption of the hopes of the past"*

*Max Horkheimer and Theodor W. Adorno, Dialectics of Enlightenment.*

Hacer sólo lo que es posible es sano, razonable pero ceniciento, y la vida es corta en cualquier caso. Quizá por todo ello estoy empeñado en ganar la Guerra Civil Española. Creo que es absolutamente necesario que me explique. De 1936 a 1939 los que estaban cansados de tinieblas no hicieron más que recibir palos, con algunas memorables excepciones que sirvieron para alimentar el aspecto literario posterior de los hechos, pero que no fueron suficientes –éste ha sido siempre un país de poca fortuna histórica– para una rápida y decisiva victoria republicana. Como consecuencia de ello, caían el marxismo y el anarquismo del siglo XX, el liberalismo democrático del siglo XIX, la Ilustración del siglo XVIII y la reforma religiosa del siglo XVI. Quinientos años de película proyectada hacia atrás en el terreno de las ideas a caballo de la cual, de 1939 a 1975, el país sufrió una ocupación militar de carácter represivo y criminal que se desgastó a sí misma con la ayuda de la resistencia antifranquista liderada, guste o no, por el Partido Comunista de España. Entre tanto nací yo. De 1975 a 1982 pareció que se iniciaba una contraofensiva pacífica con posibilidades de reiniciar el proceso de modernización del país emprendido por la II República. En lugar de ello, de 1982 a 1996 vivimos un largo periodo de arribismo menchevique que, al revés de lo sucedido en Rusia en los primeros años de la revolución, propició una nueva llegada, esta vez legal, de la derecha política y social al poder. Estuvieron al timón ocho años en los que el país no retrocedió como lo había hecho medio siglo antes, pero sí se embruteció y acabó haciendo de cipayo en una guerra petrolera destinada a beneficiar a los de siempre. Acabaron saliendo por la puerta de la cocina y entró el progresismo de los gestos epidérmicos, la socialdemocracia del corazón a la izquierda y la cabeza donde haga falta. Entre tanto me he hecho viejo.

No sé si, como dice Kundera, la lucha por la libertad es solo la lucha por el derecho de propiedad de la historia, no lo sé, pero como mínimo debe ser una parte importante de esa lucha dado que si no somos poseedores de nuestra historia, ¿qué es lo que realmente nos pertenece? Quizá sea ésta la razón por la cual la historia en mayúscula nunca acaba siéndolo del todo, porque no hay una, hay muchas, y las únicas que valen la pena son las que se suprimen, bien porque acostumbran a ser las historias de los débiles o bien porque son las que hacen que las mentiras se tambaleen. Hay casos en que esta supresión se produce antes de que haya alteridad histórica, matando al contrario. En esta supresión hay una doble muerte. Se mata para



que el muerto no tenga historia y así se hace imposible su memoria. ¿En qué consiste entonces ganar –sin sangre– a principios del siglo XXI una guerra civil perdida –con sangre– en 1939? Consiste, ni más ni menos, en evitar de una vez por todas que se confunda a los que tenían la razón histórica con los que no. Consiste en no mezclar jamás a los inocentes con los verdugos. Consiste en recuperar a las víctimas de un régimen siniestro para que todo el mundo sepa que lo fueron y una vez apagado el fuego, dejar las armas.

En el terreno de la recuperación de la memoria histórica nos vemos a veces inmersos en una metáfora literal, lo que significa una contradicción de términos de radicalidad extrema. Sucede cuando la certidumbre inapelable de que la historia ha tenido lugar emerge en la misma medida en que se desentierran sus sedimentos. Por lo tanto “desenterrar la memoria” no es sólo una figura lingüística o literaria. Tampoco es literatura decir: en algunos casos, cuando se acaba de cavar, los hijos son más viejos que sus padres. Eso es cierto en muchos sitios, en Argentina, en Chile, en España.

La linterna que ilumina un objeto abandonado en el túnel de un refugio antiaéreo de cualquier guerra, pero bueno, ya que estamos vamos a poner una en concreto, la guerra del miliciano de Robert Capa, y también un túnel concreto en un refugio antiaéreo específico, el número 307 en la falda de la montaña de Montjuic, en el barrio de Poble Sec de Barcelona. La linterna que ilumina este objeto, repito, una botella vacía de Agua del Carmen, por ejemplo, la luz misma, equivale a la ignición de la conciencia sobre algo olvidado, o simplemente intuido, adivinado como posible en el magma frío de la excreta histórica, el barro del que provenimos. Todo haz de luz produce una sombra que oculta la parte opuesta de lo iluminado. En esto reside la derrota parcial de todo intento de conocimiento histórico. Lo sobrecogedor de esta sombra es que ya existe antes de los hechos mismos, antes de que todo suceda, antes de que uno nazca. La sombra ya existía antes de que nuestros padres se conocieran. Todos somos parte de esa sombra.

12 de enero de 2003. El alcalde de Gandesa, pueblo que fue epicentro de la batalla del Ebro en 1938, nos llama para decirnos que un campesino se ha encontrado con restos humanos al ensanchar un campo de cultivo. Son nacionales, nos dice. “Nosotros” somos un equipo multidisciplinar que he juntado en el intento de reducir a cero la distancia entre mis intereses como artista y mis intereses como ciudadano, no tengo muy claro cómo. El dinero lo he encontrado en Estados Unidos, los problemas los encontraré en España intentando hacer lo que nuestros líderes, en periodo electoral, se llenan la boca diciendo que debe hacerse. Intentamos evitar que se pierda aquello de lo que se puede aprender y aprehender sobre lo que nos conforma como sujetos históricos. Pensamos que tratar el sedimento material de la guerra civil, el que sea, como arqueología del siglo XX es la mejor manera, quizá demasiado expeditiva, de empezar a hacer cosas antes de que todo se pierda. Setenta años tendrían que ser suficientes para desaconsejar la retención anal.

Lo que acaba de aparecer en Gandesa no se trata precisamente de la memoria histórica que creo que me corresponda recuperar, pero desde un punto de vista del interés general hay que ir a verlo. Al llegar nos encontramos con un campo labrado con sus surcos repletos de lo que parecen guijarros blancos. Pero no lo son. Son huesos humanos rotos. Fotografío y nos vamos. En realidad nos echan los que mandan en el Palau de la Generalitat. Ya me han echado una vez antes y me echarán otra vez después, en cada ocasión de la mano de una ideología política distinta, da igual de qué lado venga, da igual a quien haya votado. Hay algo tremendamente torcido en todo este asunto y seguro que hay términos para definirlo. Pongamos uno: falta de coraje político. Pongamos otro: falta de coraje y punto. La mano de pintura que le dan a la ausencia de temple la llaman prudencia.

7 de marzo de 2003. Vuelvo a Gandesa para explorar furtivamente con J.M.P. un par de lugares en el término municipal de Corbera d’Ebre, otro pueblo emblemático de la misma batalla. El primero es una falda de monte que ardió hace poco dejando limpia la pendiente. El segundo es una zona de desmonte. Se trata de dos enclaves muy distintos pero igualmente impresionantes. En el enclave de la ladera del monte, bajo una línea de trincheras, respunteando la tierra se encuentran en superficie cantidades considerables y mezcladas de bombas de mano Laffitte, algunas explotadas, otras no, fragmentos de metralla de obús y mortero, correajes, suelas de zapato y huesos humanos. Encontramos fémures, tibias, fragmentos de costillas y media pelvis junto a un árbol.

En el segundo enclave, el del desmonte, nos hace enmudecer la vista de huesos humanos incrustados a montones en la tierra o saliendo a manojos allí donde cortó la pala de la máquina excavadora. En varios puntos encontramos apilado más de lo mismo: fragmentos de cráneo, coronas, parietales, maxilares, dientes, algunas vértebras y costillas rotas. Más de lo mismo. Lo que queda de soldados anónimos, con casi toda seguridad republicanos por abandonados, caídos en combate. Más de lo mismo. Lo fotografío todo y decidimos volver con la intención de buscar con más cuidado.

A la semana siguiente lo hacemos con un detector de metales en el primer enclave. El detector pita constantemente, cualquier punto vale. Cavamos hasta llegar a una profundidad de ochenta centímetros un área de diez metros cuadrados. Encontramos un par de botas, dos cantimploras, una boquilla de pipa, pedazos de metralla, un par de colas de mortero de 80 mm., balas checas, la tapa de una caja de munición rusa... Ni un hueso en un terreno cubierto en superficie de restos por todas partes. Parece un engaño urdido por la fluidez del tiempo, por la fugacidad de lo vivo y de lo muerto. Vuelvo a casa con una caja de cartón repleta de humildes estelas de memoria republicana de combate, una caja más de las muchas que he ido llenando de objetos, latas de conserva mejicanas, noruegas, rusas, suelas de alpargata, botas, cucharas, cantimploras, desde que empecé con esto. También me llevo, a mitad de camino entre la axila y el codo del brazo derecho, una picadura de araña con mala baba que me las hace pasar canutas durante quince días. Al cabo de una semana otra mordedura. Mi madre, que vivió intensamente la guerra, es ingresada de urgencia en la unidad de cuidados intensivos del hospital de la Cruz Roja. Sobrevive, como sobrevivió a los bombardeos de Barcelona y Viladecans, a la muerte de su tío más querido en el Ebro, a los viajes en tren y a pie hasta Tortosa en busca de arroz, a los años de prisión de su padre, mi abuelo. Solo hay un lugar y una historia para cada uno de nosotros.

Demasiados muertos, demasiados huesos abandonados por todas partes en un país que dice ser lo que nunca ha sido, normal. Parece una tarea imposible avanzar en la desactivación emocional del pedazo de geografía en que vivimos como no sea a golpes de banalidad. La hipocresía oficial con respecto a la historia reciente es tan aplastante como la retórica de la mentira que tantos dividendos proporciona a muchos profesionales del juego político. No se hace carrera política enfrentándose a la realidad, sino esquivándola, despistando, haciendo tiempo para que los que pueden y quieren recordar se mueran. Más muertos. Y no me vengan con la nueva ley de la Memoria Histórica. Llega tarde y se queda corta. Siguen dando miedo los mismos, siempre. Pero también algo se mueve, siempre.

En 2004, varias personas vecinas de Villamayor de los Montes y de otros pueblos cercanos de la provincia de Burgos, solicitaron la ayuda de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) para localizar y excavar una fosa común del 24 de septiembre de 1936, en la que podía haber entre treinta y sesenta fusilados republicanos. Entre ellos se encontraban abuelos y padres de los solicitantes. El objetivo era recuperar, identificar y devolver los restos a todos los familiares que lo quisieran, de manera que les permitiera cerrar, al fin, una terrible página de su historia personal, y enterrar también en un lugar digno a los que no fueran identificados ni reclamados por nadie. La fosa fue localizada al segundo intento en un encinar junto a la carretera comarcal cerca, no es un caso único, de un vertedero, lugar utilizado también para deshacerse de reses muertas, a tres kilómetros de Villamayor.

La campaña empezó el 19 de julio del mismo año con un equipo de arqueólogos, antropólogos y médicos forenses de la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad del País Vasco y voluntarios llegados de todo el Estado Español, de Portugal, Reino Unido y Holanda, con la ayuda impagable de algunos voluntarios del mismo pueblo de Villamayor. Yo ya había desistido de cualquier intento de actuación en Cataluña y me había unido a este equipo para llevar a cabo el trabajo de documentación histórica que me había propuesto, y que había derivado para entonces de los campos de batalla a la excavación de una fosa común de víctimas civiles republicanas. Me parecía y me parece importante que estas imágenes, las mías y las de otros, formen parte de la consciencia visual de la ciudadanía española y de cualquier otro país que haya pasado o pueda pasar, esperemos que el buen sentido lo impida, por circunstancias similares a las nuestras, que son todos. Este comienzo también fue accidentado. Como sucede en el resto del país con cualquier cosa que tenga que ver con este episodio de la historia de España, no todo el mundo estaba de acuerdo con la excavación, y a las ocho de la mañana del primer día nos esperaba un nutrido grupo de familiares airados con la intención clara de impedir que procediéramos. Estaba representándose a pequeña escala la misma confrontación que se desarrolla a nivel nacional, sin liderazgo político pero con intención ideológica, desde hace algunos años. Quince días más tarde, sin embargo, todos aquellos que habían estado en contra, con excepción de una sola persona, habían realizado un giro de ciento ochenta grados a favor de la excavación. Porque lo cierto es que cuando se ve una fosa al descubierto se tiene la certeza, si no se tenía antes, de que es absolutamente necesario recuperar a todas las víctimas, sacarlas de las cunetas, vertederos, pozos y minas, agujeros anónimos donde fueron arrojados un día como perros. Algunas de estas fosas están ahora bajo urbanizaciones de adosados, polideportivos o hipermercados donde viven, juegan y compran inocentemente ciudadanos españoles con un conocimiento de la historia reciente de su país comparable a una mera cita enciclopédica.

A poco de empezar el trabajo en Villamayor comenzó a aflorar el texto de una narración terrible. Cualquier fosa abierta es un libro con páginas de tierra en que las palabras están escritas con un abecedario de posiciones del cuerpo, huesos, fracturas,

entradas y salidas de bala, casquillos de Mauser, de pistola, botones, hebillas, restos de ropa, zapatos, lápices, anteojos, relojes y anillos. El trabajo del forense es descifrar este libro pavoroso y traducirlo para que el resto de nosotros lo entendamos, para que se rescate un detalle más de un capítulo de historia no tan lejana que se continua hurtando a todos, como si fuéramos niños, como si fuéramos irresponsables, como si esta historia no fuera nuestra.

Afloraron cuarenta y seis cuerpos en dos secciones. Todos hombres. De tres de ellos nunca sabremos su identidad. El más joven un adolescente para la época, el más viejo de sesenta y un años, el padre de tres hijos que murieron con él –¡quién vio morir a quién!–. Esos son sus nombres:

Sección I/

JUAN JOSÉ ROMANIEGA LÁZARO, 18 años.  
UBALDO MAMBRILLA LÁZARO, 20 años.  
HERMINIO ALCALDE BERGANZA, 21 años.  
NEMESIO CALLE PÉREZ, 22 años.  
CLEMENCIO PÉREZ MARTÍN, 23 años.  
VICENTE TERRADILLOS SAN MIQUEL, 23 años.  
AGUSTÍN MIGUEL BLANCO, 23 años.  
FÉLIX JULIO CALVO ALCALDE, 24 años.  
DIONISIO ALCALDE BERGANZA, 24 años.  
VALENTÍN ALCALDE BERGANZA, 26 años.  
JOSÉ GONZÁLEZ QUIRCE, 27 años.  
NICOLÁS GARCÉS ESTEBAN, 36 años.  
JOSÉ MARTÍNEZ MOLERO, 42 años.  
MACARIO MARTÍN CALVO, 42 años.  
ESTEBAN ARRIBAS MARTÍN, 47 años.  
PABLO PÉREZ CUESTA, 48 años.  
JUSTINIANO ROJO CAYUELA, 50 años.  
FRANCISCO ROMANIEGA NEBREDA, 50 años.  
OVIDIO ESPINOSA MONZÓN, 54 años.  
JUAN GRACÍA CUESTA, 55 años.  
MARINO ALCALDE SENDINO, 61 años.

Sección II:

PAULINO PÉREZ GONZÁLEZ, 22 años.  
JOSÉ FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, 23 años.  
GREGORIO NEBREDA CALVO, 25 años.  
HERMÓGENES ARAUZO DEL POZO, 27 años.  
CLAUDIO NEBREDA ARNAIZ, 27 años.  
CESÁREO SANTAMARÍA GONZÁLEZ, 27 años.  
VICENTE DÍEZ VILLAVERDE, 27 años.  
ADOLFO NEBREDA CALVO, 28 años.  
LUCIO GARCÍA GRANDE, 28 años.  
VICENTE GARCÍA MONEO, 30 años.  
LÁZARO LAFUENTE REJAS, 32, años.  
JULIÁN LORENZO ARIES, 34, años.  
ANDRÉS MARTÍNEZ GUTIERREZ, 36 años.  
PEDRO PEÑA ÁLVARO, 38 años.  
FELIZ AZOFRA GARCÍA, 40 años.  
GREGORIO GARCÍA ALONSO, 42 años.  
BENJAMÍN GONZÁLEZ JULIÁN, 49 años.  
ZACARÍAS DÍEZ ONTAÑÓN, 57 años.  
PEDRO ALONSO BENITO, 35 años, por confirmar.

ANDRÉS ALCALDE MORAL, 35 años, por confirmar  
 EUXIQUIO CEJUDO CEJUDO, 40 años, por confirmar.  
 LEANDRO ORTEGA, dato pendiente.

¿ ?  
 ¿ ?  
 ¿ ?

Eran vecinos de los pueblos circundantes, de Lerma, de Villalmanzo, de Madrigal del Monte, de Gumiel de Mercado, de Gumiel de Nizán, de La Aguilera, de La Horra, del mismo Villamayor... Todos ellos fueron detenidos y llevados al penal de Burgos. El día 24 fueron puestos administrativamente en libertad siguiendo con escrúpulo funcional la ley vigente en la zona franquista. Esto es lo que consta oficialmente en los archivos. Pero en realidad, refinado el odio y fría la falta de piedad, su libertad sólo duró el instante interpuesto entre el paso por la puerta del penal y encontrarse de bruces con la camioneta de los falangistas, con algún que otro guardia civil de comparsa, matarifes, cobardes de retaguardia todos, que los estaba esperando. Hay más, pero con un nombre basta: Enrique García Lasiera, capitán de la Guardia Civil, natural de Aranda de Duero. A treinta kilómetros de allí les aguardaba el pavor y la nada.

La suavidad, sesenta y ocho años más tarde, de su acoplamiento a la tierra, de su encaje unos con otros y sobre otros, contrastaba con el horror salvaje de lo que ocurrió entre las encinas. La fosa estaba dividida en dos partes. En la primera se encontraban los que habían sido fusilados a unos metros de distancia, arrastrados hasta la fosa y colocados ordenadamente como sardinas en lata. Ahí fue donde se les disparó el tiro de gracia. El trabajo arduo da sed. En el nivel arqueológico donde aparecieron los casquillos de pistola se encontraron también chapas de cerveza. Este aspecto carnavalesco de la muerte, infligida como diversión aliñada por el concono, viene de lejos. Ya nos avisó Goya hace tiempo.

En la segunda parte de la fosa estaban los cuerpos revueltos. Tirados con prisa de cualquier manera, y algunos con señales de haber sido ejecutados desde arriba estando quizá de rodillas en el fondo. Allí los casquillos y las balas bajo los huesos eran de fusil. En muchos de los cuerpos a lo largo de la cárcava aparecían objetos personales entre jirones deshilachados de ropa: un cepillo de dientes, un peine, un espejito, un lapicero, monedas, un reloj que posiblemente siguió marcando después de enterrado un tiempo cancelado hasta que se le acabó la cuerda. Uno de los muertos apretaba en su mano un monedero lleno, ¿intentó sobornar a su verdugo con lo poco que tenía?, el sicario ni se molestó en robarle. Volvía a la luz lo que se pudieron llevar cuando fueron detenidos y llevados a prisión. En ambas partes algunos cuerpos mostraban fracturas producidas con el único ánimo de hacer daño, ninguna de las lesiones era letal. El análisis final nos da el número de 9 lesiones contusas. También nos da la contabilidad de la muerte: 74 disparos, de los que 51 se hicieron a la cabeza –cráneo y mandíbula– y 23 al cuerpo.

Mientras los arqueólogos y los médicos forenses hacían su trabajo, los antropólogos gravaban en video testimonios de familiares o de gentes que conocían detalles de lo sucedido, no solo por la información, sino para estudiar los componentes culturales del luto y la memoria. Todo el mundo trabajaba de una manera distendida y profesional, pero la procesión iba por dentro. Yo fotografiaba y dejaba que la cámara se ocupase de crear la distancia emocional necesaria para poder hacer mi trabajo. Pero todos tenemos un flanco débil, conocido o no, una grieta en la armadura de los sentimientos por la que se escapa el fantasma de la entereza. Yo me dejé pillar por los pies calzados de las víctimas. Ya me había pasado en el Ebro al encontrar restos de botas en una trinchera, o un par de suelas junto a unos huesos, a metro y medio de una bomba de mano estallada. En Villamayor, sin embargo, los zapatos estaban calzados al cuerpo que los anduvo. Sus últimos y atroces pasos estaban aún impresos, intactos, en su cuero.

El último día del mes de julio se cerró la campaña con un acto en el que participaron los familiares de las víctimas y vecinos de los pueblos de alrededor. Algunos trajeron flores, otros leyeron poemas, muchos lloraron sin sentimentalismos. La emoción era grande cuando nos alejamos de la fosa, vacía por primera vez en sesenta y ocho años. Este libro es el testimonio de aquellos días y un reconocimiento a las víctimas, el hermano de alguien, el marido de alguien, el novio de alguien, hijos todos de alguien, padres algunos más jóvenes que los hijos y nietos que fueron a buscarlos.

Francesc Torres.